

LA CUESTIÓN DE LO SINIESTRO EN FREUD

PABLO OYARZÚN R.

Bien podría decirse, desde el punto de vista de la teoría estética, que a Freud corresponde el mérito de haber introducido por primera vez la categoría de lo siniestro. Sin embargo, las intenciones del padre del psicoanálisis distaban mucho de entregar un aporte al acervo de dicha teoría, y sus primeras indicaciones al tratar el fenómeno están orientadas a no dejar ninguna duda al respecto. En efecto, son bien conocidos los desplazamientos irónicos con los cuales se abre el ensayo de Freud *Das Unheimliche* (1919), y que sirven a lo que podríamos denominar la *localización teórica* de lo “siniestro”. Primero: el terreno de lo estético, en cualquiera de sus dos definiciones (doctrina de lo bello o ciencia de las cualidades de la sensibilidad humana), no es un campo preferencial de la indagación psicoanalítica. No lo es, principalmente, por el carácter “secundario” de los fenómenos que integran ese campo: “La actividad psicoanalítica se orienta hacia otros estratos de nuestra vida psíquica y tiene escaso contacto con los impulsos emocionales —inhibidos en su fin, amortiguados, dependientes de tantas constelaciones simultáneas— que forman, por lo común, el material de la estética” (2483). Segundo: cuando ocasionalmente el psicoanálisis se ocupa en asuntos de esta laya, lo hace enderezando su atención a un “determinado sector de la estética” que generalmente es uno “que está como a trasmano, que es descuidado por la literatura estética

propriadamente dicha” (ibíd.). Manifiestamente, se trata de desplazamientos, de inversiones del *interés*: lo que interesa propiadamente a la estética (que, dicho kantianamente, estudia el campo de la relación *desinteresada* con los fenómenos) no interesa a la indagación psicoanalítica; aquello de la estética que puede eventualmente interesar al psicoanálisis no es algo en lo que ella se interese. Pero en este doble desplazamiento hay algo que no queda declarado directamente, y que constituye, sin embargo, su motivo: ¿qué es aquello que interesa al psicoanálisis en el fenómeno de lo *Unheimliche*? ¿Se trata del provecho, por así decir, narcisístico que podría extraerse de él, en la medida en que permite confirmar determinadas categorías y tesis de la doctrina? El notorio afán de Freud por incorporarlo al marco doctrinal pareciera evidenciar esa voluntad de confirmación, y al mismo tiempo sugiere ansiedad ante cierta resistencia del fenómeno. ¿Qué interés del psicoanálisis puede estar comprometido en este examen? ¿Hasta qué punto el *interés* del psicoanálisis como tal, hasta qué punto el psicoanálisis como interés es interpelado, reclamado por lo *Unheimliche*? ¿Hasta qué punto el interés que éste suscita puede poner en riesgo el capital psicoanalítico?

Si la pregunta tiene calado, obviamente no bastará con el estudio de este único ensayo. Será preciso referirlo a la fase de desarrollo de la teoría psicoanalítica a la cual pertenece. Entre tanto, convendrá que intentemos un primer reconocimiento de las hipótesis sobre lo “siniestro” que Freud adelanta en su trabajo. Para hacerlo, parece indispensable atender ante todo a la estrategia de la que se vale con vistas al planteamiento de tales hipótesis: ya los desplazamientos irónicos, las fintas a que hemos hecho referencia nos habrán dado aviso de que la perspectiva estratégica no tiene aquí una función meramente rutinaria.

La palabra unheimlich

Como nombre de un determinado afecto, de una determinada modificación psíquica, *unheimlich* pertenece a una familia de términos —y destaco esta palabra: “familia”, por razones que pronto se acusarán— que tienen su matriz en el sentido de lo angustioso. La existencia de este vocablo especial podría ser indicativa de un afecto que en esa familia se acuse por su irreducible especificidad. Se quiere saber, entonces, si la diferencia nominal que él representa expresa “un núcleo particular”, es decir, no intercambiable con los sentidos de otros términos de esa misma familia (“espantable, angustioso, espeluznante”, etc.). De hecho, el punto de arranque de la indagación de Freud es precisamente la suposición de que en lo llamado “siniestro” se hallaría contenido ese “núcleo particular”, es decir, una diferencia específica al interior de lo genéricamente denominado “angustioso” (ibíd.).

Que el punto de partida de esta indagación sean los usos lingüísticos en que ese vocablo aparece no es indiferente. Ciertamente, Freud señala que hay dos caminos posibles para emprenderla: uno es, precisamente, la pesquisa del campo semántico que tales usos, en su refracción histórica, han llegado a configurar; el otro, la deducción del carácter de lo *Unheimliche* a partir de aquello que es común a todos los casos de lo “ominoso”. Advierte, además, que cualquiera de ambas vías lleva al mismo resultado: la referencia de lo “siniestro” a lo antaño familiar. Dice, en fin, que su propia vía fue la recolección de casos, y que sólo más tarde obtuvo una confirmación de lo entrevisto acudiendo al análisis de los giros del lenguaje. La exposición le dicta, sin embargo, el orden inverso. Quizá es válido suponer que la razón por la cual este punto de partida lingüístico no es inocuo, o que no sólo obedece, por ejemplo, a una

conveniencia expositiva, debe buscarse en una relación profunda y oculta entre lo “siniestro” y el sentido, entre lo “siniestro” y el lenguaje. Será ésta la cuestión que nos ocupe en adelante.

El primer apartado del ensayo reproduce una indagación semántica y etimológica. Esta indagación está marcada por tres rasgos principales. El primero es la recusación del punto de vista (representado por la explicación de Jentsch) que relaciona lo “siniestro” con lo nuevo, lo inopinado, lo insólito; en suma, lo no familiar como lo *desconocido*: la cualidad de aquél no queda agotada y ni siquiera especificada por la “incertidumbre intelectual” (2484). El segundo rasgo apunta a la diferencia de las lenguas en cuanto a la expresión de lo que dice la palabra alemana *unheimlich*: en aquellas lenguas que “no son las nuestras” pareciera faltar “un término que exprese este matiz particular” (ibíd.). Desde luego, no puede concedérsele a esta observación el mismo rango teórico que a la anterior, y, sin embargo, no podría decirse que es enteramente ajena al alcance que ésta tiene. En cierto modo, es el valor de lo *extraño* —encarnado en los idiomas ajenos— el que queda desconectado, no por principio, sino por carencia de comprensión interna del hablante, a favor de una inspección circunscrita al ámbito de lo familiar, esto es, de la lengua materna. Ya en el círculo de ésta, encontramos el tercer rasgo, el más decisivo para poner en marcha la investigación positiva de la semántica de lo “siniestro”. Así, Freud relativiza la antítesis entre *heimlich* y *unheimlich*, para concluir en la observación de que “*heimlich* es una voz cuya acepción evoluciona hasta la ambivalencia, hasta que termina por coincidir con la de su antítesis, *unheimlich*. *Unheimlich* es, de algún modo, una especie de *heimlich*” (2488). Como pista para entender esta ambivalencia, esta duplicidad de sentido, presta un auxilio valiosísimo la anotación penetrante y reveladora

de Schelling, según la cual “*unheimlich* sería todo lo que debía haber quedado oculto, secreto, pero que se ha manifestado” (2487).

Parece oportuno vincular esta indagación con la reseña *Über den Gegensinn der Urworte* (“El doble sentido antitético de las palabras primitivas”, redactada por Freud casi una década antes (1910). De hecho, el par *heimlich / unheimlich* es un caso que parece inmediatamente asociable a la estructura semántica que se analiza en esta reseña, aunque en la ocasión no se lo menciona. Freud indica allí que la azarosa lectura de un trabajo del filólogo K. Abel sobre la lengua egipcia le trajo la comprensión de una tendencia propia de la elaboración onírica, que consiste en su desprecio de la negación y en la expresión de los elementos antitéticos mediante una misma y única representación. Esta tendencia equivale a un procedimiento que puede observarse en las lenguas antiguas y en los estadios primitivos de las lenguas vigentes. De esta suerte, el descubrimiento de tal mecanismo por los filólogos viene a aportar una sorprendente confirmación al concepto del trabajo del sueño en cuanto a su “carácter regresivo y arcaico” (1624), que también es promisoria, puesto que sugiere enfáticamente el beneficio que se podría obtener para la mejor inteligencia y traducción del lenguaje onírico del mayor conocimiento de la evolución de las lenguas (ibíd.). Desde luego, lo que está aquí en juego es la matriz primordial del inconsciente como una que desconoce la negación, de la cual se siguen los diversos mecanismos a través de los cuales se haría valer la índole originariamente afirmativa del deseo; la negación, en cambio, se debería a la estructura y la fuerza de la represión.

Decía que el caso de las voces *heimlich/unheimlich* guarda afinidad con la peculiaridad semántica que Freud

destaca en esa reseña. Pero no ocurre exactamente así. La doble acepción de *heimlich*, que el artículo del Diccionario de Daniel Sanders —citado *in extenso*— describe como “propio de la casa, no extraño, familiar”, etc. (con sus variantes y derivaciones) y como “oculto”, “secreto”, no forma una antítesis propiamente dicha: lo “de la casa”, lo íntimo y hogareño bien puede ser lo que permanece y se guarda oculto y secreto para otros. Freud mismo señala el punto. Lo que llama su atención es que al menos uno de los matices de *heimlich* coincide con el sentido de su antónimo, y a esta pequeña prueba se atiende.

La evocación del breve apunte sobre el “significado antitético” tiene la virtud de acusar con nitidez la distancia teórica que separa al ensayo que ahora examinamos de la matriz de la cual es tributario aquel otro. Mientras la fácil solución del “enigma” de lo que podríamos llamar el “procedimiento egipcio” (cf. 1621) consiste, en última instancia, en remitirlo al todopoderoso principio del placer, este otro “enigma”, el de lo “siniestro”, sólo puede ser despejado a costa de quebrantar ese régimen omnímodo. Así, el vínculo entre ambos ensayos tiene un límite, que es preciso señalar inmediatamente: el trabajo de 1919 tiene tras de sí una segunda “comprensión” freudiana del funcionamiento de la vida psíquica. Esta “comprensión” concierne a una indeleble originariedad de la negación, cuya forma es el impulso coercitivo a la repetición (*Wiederholungszwang*). Precisamente en este sentido remite Freud su hipótesis sobre “el factor de la repetición de lo semejante” como fuente de lo siniestro a esta idea fundamental. En la tercera sección abordaremos esta teoría; volvamos al curso de nuestro argumento.

La observación central de Freud sobre la semántica de las palabras *heimlich* / *unheimlich* consiste en marcar el *punto*

de indiscernibilidad de las acepciones de ambos términos. Aunque éste es un único punto (“la voz *heimlich* posee, entre los numerosos matices de su acepción, uno en el cual coincide con su antónimo, *unheimlich*”, 2487), es evidente que la interpretación freudiana de lo “siniestro” destaca esencialmente este punto y lo toma como motivo fundamental de corroboración lingüística de su tesis psicológica. Esta confirmación estriba en que la inspección semántica y lexical, vertebrada en torno a este punto (con el auxilio de la nota de Schelling), converge con la inspección, por decir así, psico-fenomenológica, anudando así los dos “caminos” de la investigación antes mencionados. Ya decíamos que en el comienzo anunciaba Freud que “cualquiera de ambas vías nos llevará al mismo resultado: lo siniestro sería aquella suerte de espantoso que afecta a las cosas conocidas y familiares desde tiempo atrás” (2484), preparando su tesis fundamental que el explica el mecanismo de lo “siniestro”, bajo la marca de la omnipresente repetición, por el retorno de lo familiar reprimido (2498).

Claro está que la inspección semántica cumple sólo funciones preparatorias. Reconocida la “ambivalencia” de *heimlich*, no se ofrece una explicación suficiente de este hecho y, en particular, de su génesis. En determinado sentido, tampoco la inspección psico-fenomenológica basta a esta necesidad: se requerirá de un suplemento especulativo (volveremos sobre esto). Con todo, el conocimiento de los avatares lingüísticos sugiere que el vínculo entre *heimlich* y *unheimlich* está dominado por el primer término, el cual tendría un valor más originario; la negación (*un-*) que implica el segundo actuaría sobre un sentido primordial positivo: “*Unheimlich* es, de algún modo, una especie de *heimlich*” (2489), tal como reza la conclusión ya citada de este análisis preliminar. La institución de su significado habría tenido lugar en la “evolución hacia la ambivalencia”

del término primitivo. Sin embargo, la aparente atribución de una carga de positividad *simple* no es todo lo llana que podría creerse, de buenas a primeras, con lo cual tampoco puede tomarse de manera absoluta la negación implicada en *unheimlich*. El análisis revela que *heimlich* está determinado semánticamente a partir de “dos grupos de representaciones que, sin ser precisamente antagónicas, están, sin embargo, bastante alejadas entre sí: se trata de lo que es familiar, confortable, por un lado, y de lo oculto, disimulado, por el otro. *Unheimlich* tan sólo sería empleado como antónimo del primero de estos sentidos, y no como contrario del segundo” (2487). Si la mencionada “ambivalencia” llega a hacerse notoria en el curso de la “evolución” lingüística, es porque de algún modo se encuentra en una suerte de estado de latencia en el estrato semántico primitivo: de ahí la importancia que reviste hacer comprensible esa evolución. Ésta es la dichosa virtud que posee la nota de Schelling: suministra el bosquejo de una elucidación de dicha génesis. Lo hace, acentuando el carácter de oculto que expresa *heimlich* en una de sus dos vertientes, y aduciéndole la infracción de cierta *necesidad* (*unheimlich* es aquello que *debía* haber permanecido en secreto, sólo latente). Con ello, *unheimlich* queda asociado a un efecto de (indebida) manifestación. Esta observación debe retenerse, pues altera la primera oposición de positivo y negativo: la manifestación opera sobre una primaria privación de manifestación, negando esa negación.

Pero no avancemos más. Quizá conviene que nos detengamos un poco en este umbral de la indagación de Freud, para preguntarnos —una última vez— por la significación que tiene su comienzo lexicológico. ¿No ocurre quizá como si el tema del *Gegensinn* de *heimlich* y *unheimlich*, de su recíproca y no reducible determinación, estuviese inquietado por una peculiar *mise en abîme*? Aquello que se dice y

se implica sobre la “ambivalencia” de sentido del término en cuestión, ¿no dice o sugiere algo acerca de la situación misma del sentido en el lenguaje? ¿No apunta quizás hacia ciertos parajes y tiempos arcaicos del lenguaje donde no se ha formado aún la atmósfera respirable del sentido? El estar habitado lo *Heimliche* por lo *Unheimliche* (y viceversa), ¿no insinúa que ésa podría ser precisamente la condición bajo la cual se define nuestra relación con el lenguaje? Éste, claro, ha de ser lo más familiar para nosotros —tanto, que nos determina como lo que somos: abre la dimensión en que podemos sentirnos apatriados, domiciliados e identificados (el lenguaje como *Heim* y como *Heimat*, como hogar y como patria)—, y, no obstante, constitutivamente amenaza con volvérsenos ajeno, extraño, infamiliar, y ello precisamente en el curso del análisis del sentido y de sus avatares, que debería ser el relato de nuestra propia consistencia. El lenguaje resbala bajo el sentido; el sentido oscila, flotante, sobre el lenguaje: “nosotros” nos desleímos. La palabra *unheimlich* habla, en cierto modo, de la *Unheimlichkeit* del lenguaje como tal: *en* ella habla lo desazonador, lo radicalmente no humano del lenguaje mismo. En general, los humanos nos hacemos la idea —ciertamente peregrina, pero difícilmente erradicable— de que el lenguaje tiene, en total, la forma de una casa. Y sin siquiera tener que figurárnoslo, asumimos que el techo de esa casa es el sentido. Pero algo —el lenguaje mismo— nos dice, insistente, nos *repite* sordamente que entre lenguaje y sentido subsiste una relación de recíproca extrañeza.

La hipótesis

Como ya ha quedado claro en la primera parte de su ensayo, Freud está particularmente interesado en contravenir la idea de que el efecto siniestro depende de algún tipo de

incertidumbre intelectual y que está, por lo tanto, vinculado con el ejercicio de facultades anímicas superiores. Así, en la segunda parte se prolonga la discusión con el ensayo de Jentsch: la estrategia de la exposición consiste fundamentalmente en subrayar la irreductibilidad del afecto asociado a lo siniestro mediante la indicación de factores resistentes a una explicación que haga pie en la conducta regulada por la razón.

El centro del debate gira en torno al ejemplo de una narración de E. T. A. Hoffmann: *El arenero (Der Sandmann)*, que abre las *Piezas nocturnas*, cuya primera parte fue publicada en 1816. No será impropio mencionar que el término *unheimlich* aparece más de una vez en el relato: una, aplicado al “ominoso espectro” (*unheimlichen Spuk*) que desde sus experiencias infantiles acompañará a Nataniel (en la figura dual de Coppelius y el arenero, rediviva en el óptico Coppola), abriéndole “la vía de lo maravilloso, aventurero, que anida fácilmente en el ánimo del niño”, y otras dos, para describir la peculiar sensación que en él mismo y en otras gentes despierta la muñeca Olimpia con su mezcla de apariencia viviente y comportamiento mecánico. Sin embargo, Freud omite consignar estos usos, como si la narración de Hoffmann pudiese ser analizada bajo el prisma de tal noción sin que ésta misma y su peculiar eficacia literaria y psíquica no hubiesen sido ya puestas explícitamente en juego y muy a sabiendas por el propio escritor. Algo de la ansiedad que apuntábamos al comienzo se delata quizá en esta omisión, como si el interés de Freud fuese tener de antemano bajo control el fenómeno que examina: pretensión tanto más problemática, cuanto que éste precisamente pareciera escapar a toda posibilidad de control consciente y, aun más, a toda posibilidad de re-inscripción en el dinamismo de la vida psíquica, como ya hemos visto anunciarse en virtud

de la cuestión de la muerte: la muerte, la muerte-en-la-vida es lo que no puede ser re-inscrito en la vida.

También podría recelarse este interés en la “breve reseña” del relato que presenta el mismo Freud. Al menos dos cosas merecen ser destacadas a propósito de esta reseña. Desde luego, la selección que ella opera sobre el material narrativo: aun respetando su secuencia, Freud suprime muchos incidentes, elementos, circunstancias y figuras que a otro lector podrían parecerle significativos; en cierto modo, Freud reconstruye el relato al punto de producir lo que se estaría tentado de describir como una segunda narración, gobernada por una voluntad de inferencia —pronto nos referiremos a la “indudable” conclusión que extrae Freud una vez concluida su reseña— que debe asegurar la posibilidad de traer este siniestro literario al dominio de las hipótesis analíticas. Lo segundo atañe precisamente a la condición literaria bajo la cual comparece el fenómeno en cuestión. En cierta medida, y a despecho de toda la perspicacia psicológica de que hace gala, podría decirse que la reseña es (literariamente) ingenua: no se presta atención alguna a los mecanismos y artificios con los que se urde la ficción; es decir, no se plantea la pregunta por la relación que pueda haber entre el dispositivo ficcional, el artefacto lingüístico y lo siniestro, aunque ciertamente no sea insensible, por ejemplo, al “ligero viso satírico” del episodio de Olimpia, que, como efecto de contraste, pertenece a esas operaciones (cf. 2489). Y esta observación que hacemos no es meramente extrínseca: Freud mismo se ocupará del asunto en la última sección de su ensayo, y tendremos oportunidad de abordar el punto.

Precisamente por estas vías discurre la consideración de David Ellison en su provocativo estudio “Das Unheimliche” de Freud: las complicaciones de lo siniestro

textual”, que a su vez toma como puntos de reparo las anteriores aproximaciones de Hélène Cixous, Sarah Kofman y Neil Hertz, haciéndose cargo de la conversión de lo siniestro en la esencia misma de lo literario (más o menos característica de estas recientes direcciones críticas), y sometiendo el ensayo de Freud a lo que Kofman había llamado una “lectura sintomática”. En ésta, el fundador del psicoanálisis se muestra —a partir de sus “motivaciones inconscientes”— como una suerte de competidor subordinado de su predecesor literario, el cual aparentemente ya sabía acerca de lo siniestro, y mejor, lo que su émulo teórico busca desentrañar. Los gestos, las omisiones y énfasis del ensayo serían otras tantas evidencias deladoras que aportar a semejante lectura. En lo que sigue tendremos presente el estudio de Ellison; por lo pronto, nos interesa marcar los hitos del argumento por el cual Freud intenta abrir paso a su propia concepción de lo siniestro. El primero de ellos es uno que el mismo Ellison subraya: la disputa con el otro predecesor de Freud, el teórico, no el literario, Eduard Jentsch, que en 1906 había publicado *Zur Psychologie des Unheimlichen*, llamando especialmente la atención sobre el carácter paradigmático del gran relato de Hoffmann.

Como ya sabemos, la tesis central de Jentsch atribuye la experiencia de lo siniestro a una incertidumbre intelectual, y precisamente a una relativa a la condición viviente de lo aparentemente inanimado o viceversa. Freud ha querido salir al paso de esta interpretación desde un comienzo; aun reconociendo que es “plena de interés” (y no olvidemos la significación a la vez estratégica y problemática que este último término tiene en el ensayo), la estima insuficiente: “Jentsch no ha pasado [...] —observa Freud— de esta relación de lo siniestro con lo novedoso, no familiar” (2484), y se requiere algo más para que lo insólito se convierta en siniestro. Desde luego, ese algo más no será preci-

samente un simple agregado, como se insinúa inicialmente, sino una modificación del carácter mismo de lo “familiar”. Pero detengámonos todavía en la objeción. A la sugerencia de Jentsch, de que la impresión siniestra se debe a la duda de si una “determinada figura [...] es una persona o un autómeta”, ya opone Freud como fuente de lo siniestro, en el umbral mismo de su reseña, el tema del arenero y su vinculación con la pérdida de los ojos (2489). Y una vez concluida la reconstrucción, se siente confiado para imponer al lector su conclusión con fuerza de evidencia: “Esta breve reseña no deja lugar a ninguna duda: el *sentimiento de lo siniestro es inherente* a la figura del arenero, es decir, a la idea de ser privado de los ojos, y nada tiene que hacer aquí una incertidumbre intelectual en el sentido en que Jentsch la concibe” (2491). La estipulación merece ser calibrada por varias razones. Es difícil que uno evite, primeramente, percibir en su énfasis lo que Hegel llamaba una *Versicherung*, una aseveración por la cual el entendimiento busca aquietar su propia indefensión y malestar ante la complejidad de los fenómenos. Aquí, cierto, la vehemencia no va dirigida hacia la “cosa misma”, sino hacia la explicación que el psicólogo pionero había ofrecido. Pero tampoco esto es llano: aunque Freud se ha visto hasta cierto punto forzado a admitir que la tesis de la incertidumbre tiene una pertinencia, por limitada que sea, parece excesivamente interesado en excluirla del todo; ¿y qué quiere decir “en el sentido en que Jentsch la concibe”: habría algún otro sentido en que sí tendría cabida? Por último, en la sentencia misma de Freud parece deslizarse una excepción: es la *reseña*, es decir, la reconstrucción freudiana del relato, y no necesariamente la narración original, la que no deja dudas e impone apodícticamente la (deseada) conclusión.

Freud concede, por cierto, que la incertidumbre juega un papel preliminar en la narración, y que es administrada

por el poeta para mantener a su lector por un tiempo en la oscilación entre lo real y lo fantástico; pero —sostiene— esta duda se disipa sin que se pierda nada de la poderosa impresión desazonadora de *El arenero*. La evidencia de que Nataniel no está en sus cabales y que proyecta al mundo sus propias obsesiones no ofrece al lector el buen recaudo de un distanciamiento soberano, asentado en las facultades que asisten a la razón para exorcizar el mundo, todo lo contrario. Es que el escritor, valiéndose de las angustias de su personaje ha querido “hacernos mirar a nosotros mismos a través del diabólico anteojo del óptico” (ibíd.). Es, entonces, esta apelación insidiosa a nuestras íntimas y a menudo ocultas motivaciones lo que permitiría explicar dicho efecto: de ahí la focalización en el temor de la pérdida o el destrozo de los ojos. Tenemos, pues, el dato fundamental de la inquietud (o el interés) de Freud por reconocer y precisar en su inalienable especificidad el inquietante efecto de lo siniestro, que se anuncia precisamente en la resistencia que éste ejerce contra todo intento de dilucidación intelectual: ésta es la razón que le asiste para rebatir el planteamiento de su predecesor. Sólo que con ello casi parece decretarse por anticipado el fracaso final de una empresa que justamente busca traer lo siniestro al dominio de una teoría capaz de explicarlo, por mucho que ésta pueda asomarse a las profundidades pre-rationales de la vida psíquica.

En todo caso, con la indicación del motivo angustioso queda allanado el camino para referir la impresión siniestra al complejo de castración infantil —cifrada en la “sustitución mutua entre el ojo y el miembro viril” (ibíd.)—, que entrega pistas adecuadas para comprender la contribución de una serie de elementos del relato en la provocación de su efecto fundamental. Esta primera remisión de lo siniestro a las fases arcaicas de la historia de la psiquis permite suponer que también en ellas han de buscarse las claves

para el desciframiento de otros ejemplos suyos. Y se ve el sentido sistemático que tiene tal remisión en la economía de la explicación psicoanalítica de lo siniestro: su primera —y regulativa— localización supone apelar al complejo de Edipo. De hecho, en la nota más extensa del ensayo, y con dicha clave, Freud intenta una compleja interpretación del relato, marcada por la ambivalencia de Nataniel ante la figura paterna que por ello mismo se desdobra: en el padre y Coppelius primeramente, en el profesor Spalanzani y Coppola después; a su vez, la muñeca Olimpia no es sino la objetivación del complejo del protagonista, en la cual se materializa su relación femenina con el padre, convirtiéndose a la vez en objeto de amor narcisista (cf. 2492).

El siguiente paso consiste en la explicación de la desazón suscitada por la borradura de la frontera entre lo vivo y lo inanimado, que Jentsch reconocía en el motivo de la muñeca automática Olimpia. Que esto sea atribuible también a representaciones infantiles le parece claro a Freud, pero sin que se pueda desconocer que en este caso la relación se hace más compleja. Se presenta aquí una “cosa extraña: en el caso del arenero se trataba de la reanimación de una vieja angustia infantil; frente a la muñeca viviente, en cambio, ya no hablamos de angustia: el niño no sintió miedo ante la idea de ver viva a su muñeca, y quizá hasta lo haya deseado. De modo que en este caso la fuente del sentimiento de lo siniestro no se encontraría en una angustia infantil, sino en un deseo, o quizá tan sólo en una creencia infantil” (2493). Se recordará que el punto de partida del ensayo daba por sentado la relación entre lo siniestro y lo angustioso, al punto de postular que el primero sería algo así como una especie del segundo. La tarea que ahora se impone es, pues, despejar la aparente contradicción que esto trae aparejado.

Otro relato de Hoffmann —al que Freud rinde homenaje como “el maestro sin par de lo siniestro en la literatura” (ibíd.)— sirve a este propósito. Ciertamente que el comentarista reconoce el embrollo inextricable de *Los elixires del Diablo* y renuncia por ello a presentar su argumento en una reseña, como hizo con *El arenero*; la razón de la renuncia, curiosamente, vuelve a poner en escena la cuestión de la incertidumbre: la acumulación de motivos provoca tal estado de confusión en el lector que la clarificación de los supuestos de la historia, a su final, no ayuda en absoluto a disiparla. De cualquier modo, Freud cree poder discernir adecuadamente “los más destacados” de los temas de efecto siniestro. La hipótesis central que plantea Freud concierne al motivo del “doble” (*Doppelgänger*) o del “*alter ego*”, “*en todas sus variaciones y desarrollos*” (que, según la clasificación propuesta, son el “desdoblamiento del yo, [la] partición del yo [y la] sustitución del yo”), y, asociado con él, aunque, como se verá, perfectamente distinto desde el punto de vista teórico, “el constante retorno de lo semejante” (ibíd.). Siguiendo las pautas que ofrece Otto Rank en un estudio consagrado al tema, que ve en la constitución del doble una defensa contra la destrucción del yo y contra la muerte en la fase del narcisismo primitivo, Freud apunta que la superación de esta fase modifica la valencia del doble, convirtiéndolo “de un asegurador de la supervivencia [...] en un siniestro mensajero de la muerte” (2494). Debemos tener presente esta primera inscripción estructural de la *muerte* en el contexto de la explicación de lo siniestro, pues en ella cabe reconocer la *marca* específica de éste. Pero, por lo pronto, se trataba de superar la aparente aporía a que se había visto llevado Freud en el desarrollo de su argumento. Con el auxilio de la distinción entre fases distintas del desarrollo psíquico, se hace posible explicar la contradicción entre un deseo o una creencia perteneciente a la época de los albores del yo, aún no suficientemente dife-

renciado, que están acompañados de un afecto temprano carente de padecimiento penoso, y una angustia que —a propósito de la realización de ese deseo o del cumplimiento de esa creencia— experimenta este mismo yo, ya constituido como instancia neta. Afianzándose la idea de que lo siniestro corresponde a un retorno a la fase primitiva: “El carácter siniestro sólo puede obedecer a que *el “doble” es una formación perteneciente a las épocas psíquicas primitivas y superadas, en las cuales sin duda tenía un sentido menos hostil*” (2495).

En términos generales, podría decirse que lo siniestro encuentra su fuente en aquellos procesos por los cuales se lleva a cabo la “producción de lo extraño” o, si se quiere, la “producción de la cosa”. La cuestión estriba en determinar el carácter y el dinamismo peculiar de esos procesos. Inmediatamente, aunque de manera todavía relativamente elíptica, comenzaremos a recibir información al respecto.

El tercer paso atañe a la “repetición de lo semejante”, que ya ha sido mencionada al introducir el motivo anterior. Freud reconoce con razón que ésta es la pieza de interpretación a la que más resistencia podría ofrecerse. Con razón, decimos, porque no es nada menos que una hipótesis radicalmente nueva la que puede prestarle basamento, una hipótesis que supone un cambio profundo en la propia doctrina psicoanalítica. Tendremos todavía oportunidad de referirnos a ella con más detención. Entre tanto, un par de cosas son meritorias de nota. La primera, el caso autobiográfico que Freud refiere a título de ejemplo de este “factor”, su paseo “una tarde de verano [por] las calles desiertas y desconocidas de una pequeña ciudad italiana”, que le deparó el insistente retorno a cierto enclave prostibulario. El caso lleva consigo su peculiaridad, no sólo por la condición del barrio al que el doctor vienés se ve fatalmente for-

zado a regresar, sino también porque es inevitable confrontar esta “confesión” con aquella otra que hemos leído en la primera parte del ensayo, en la que revela (con el énfasis de las cursivas) que “*desde hace mucho tiempo no he experimentado ni conocido nada que me produjera la impresión de lo siniestro*”. Éste y los demás ejemplos que luego aduce llevan a precisar —es el segundo punto— la característica de la repetición o retorno en cuestión: su índole *involuntaria*, y la subordinación del sujeto a unas fuerzas oscuras e inexplicables que imponen, allí donde se esperaría un mero azar, la apariencia de un orden o una legalidad inaccesibles y funestas.

Hemos hablado de una hipótesis nueva. Freud se limita a bosquejarla en el texto, y vale la pena citar el pasaje entero: “En cuanto a lo siniestro evocado por el retorno de lo semejante y a la manera en que dicho estado de ánimo se deriva de la vida psíquica infantil, no puedo más que mencionarlo en este conexo, remitiéndome en lo restante a una nueva exposición del tema, en otras relaciones, que ya tengo preparada. Me limito, pues, a señalar que *la actividad psíquica inconsciente está dominada por un automatismo o impulso de repetición (repetición compulsiva)*, inherente, con toda probabilidad, a la esencia misma de los instintos, *provisto de poderío suficiente para sobreponerse al principio del placer*; un impulso que confiere a ciertas manifestaciones de la vida psíquica un carácter demoníaco, que aún se manifiesta con gran nitidez en las tendencias del niño pequeño, y que domina parte del curso que sigue el psicoanálisis del neurótico. Todas nuestras consideraciones precedentes nos disponen para aceptar que se sentirá como siniestro cuanto sea susceptible de evocar este impulso de repetición interior” (2496).

Pero aquí se interrumpe el argumento explicativo. Reconociendo que las claves adelantadas —y especialmente ésta, podemos colegir— son “un tanto difíciles de apreciar”, Freud se dirige a espigar otros “casos indudables de lo siniestro, cuyo análisis nos permitirá decidir definitivamente sobre el valor de nuestra hipótesis” (ibíd.). Por lo pronto, se trata sólo de dos “casos”: la realización inmediata de los deseos y el mal de ojo; la consideración de ambos lleva al último paso en la sistemática de la explicación, con la introducción de una nueva estructura: la “omnipotencia del pensamiento”, vale decir, la creencia en una sujeción de la realidad a los designios y conatos del alma, en un poblamiento de la realidad misma por potencias espirituales y en la magia como forma general de relaciones entre seres y cosas. Resumidamente se trata de “una vieja concepción del mundo, [el] *animismo*”, bajo la cual, como principio común, cabe suponer desde luego un conjunto muy abigarrado de otros “casos”. Esta concepción satisface el requerimiento de dar cuenta de aquellos fenómenos siniestros que están ligados de un modo u otro a la esfera de las creencias y a la vez a la estrategia general de designar un fondo primitivo de la vida psíquica como condición de posibilidad para tales fenómenos. Freud entiende que con la indicación de que lo siniestro está vinculado a la fase del animismo primitivo se alcanza el nivel adecuado para explicar cómo se origina lo siniestro, y la fórmula en que así lo expresa tiene una generalidad que pareciera abarcar todo lo dicho hasta aquí, aunque bien sabemos que el paradigma animista no puede ser trocado o confundido con el paradigma de los complejos infantiles o el de la repetición: *“cuanto hoy nos parece “siniestro” llena la condición de evocar esos restos de una actividad psíquica animista, estimulándolos a manifestarse”* (2497).

En todo caso, y precisamente porque el breve examen del fondo animista del psiquismo responde estructuralmente a los mismos términos que los tres pasos anteriores, es ahora cuando Freud puede resumir su planteamiento, “condensar lo esencial de nuestro pequeño estudio”. Así lo hace estampando sus dos tesis fundamentales; también esta vez vale la pena citar el pasaje *in extenso*: “Ante todo: si la teoría psicoanalítica tiene razón al afirmar que todo *afecto* de un impulso emocional, cualquiera que sea su naturaleza, es *convertido por la represión en angustia*, entonces es preciso que entre las formas de lo angustioso exista un grupo en el cual se pueda reconocer que esto, lo angustioso, es algo reprimido que retorna. Esta forma de angustia sería precisamente lo siniestro, siendo entonces indiferente si ya tenía en su origen ese carácter angustioso, o si fue portado por otro tono afectivo. En segundo lugar, si ésta es realmente la *esencia de lo siniestro*, entonces comprenderemos que el lenguaje corriente pase insensiblemente de lo “*Heimlich*” a su contrario, lo “*Unheimlich*”, pues esto último, lo siniestro, no sería realmente nada nuevo, sino más bien algo que siempre fue familiar a la vida psíquica y que sólo se tornó extraño mediante el proceso de su represión” (2497 s.).

Las dos tesis o, para decirlo más exactamente, la tesis y su corolario parecen satisfacer todo lo que Freud se había prometido en un comienzo: aislar el tipo específico de angustia en que consiste lo siniestro y establecer sobre esa base el criterio para comprender el proceso peculiar que había puesto al descubierto el análisis etimológico y lexicológico del término. Pero ciertamente no se puede dar sin más sentada esta explicación. No se trata sólo de que puedan subsistir dudas sobre si la hirviente diversidad de “casos” ha sido adecuadamente subsumida bajo las “formas”, “temas” o “factores” generales que Freud señaló, y si

éstos cubren exhaustivamente el terreno de lo siniestro. De hecho, y una vez que él mismo, según propia declaración, se propone aplicar el resultado de su indagación a nuevos ejemplos (a fin de satisfacer la necesidad de confirmación de la tesis), agrega el tema de las actitudes ante la muerte como fuente de lo siniestro y, sin duda, no se trata aquí de un mero “ejemplo”, sino de un nuevo “factor”. Así, en el resumen que sigue a su consideración, y otra vez en el umbral de nuevos “complementos”, Freud ofrece por única vez el catálogo de tales “factores”: “el animismo, la magia y los encantamientos, la omnipotencia del pensamiento, las actitudes frente a la muerte, las repeticiones no intencionales y el complejo de castración” (2499). El catálogo, sin embargo, no coincide exactamente con lo que los desarrollos previos fueron fijando como punto de reparo (no figura el tema del doble), y el mismo Freud tiene escrúpulos para declarar ésta una lista exhaustiva (“casi hemos agotado el conjunto de los factores que transforman lo angustioso en siniestro”). Llegado el lector a este punto no puede menos que confirmar la impresión de un progreso argumental muy complejo y entrecortado, poblado de avances, retrocesos y “complementos”, como si su economía fundamental fuese la que podríamos llamar del “agregado”: siempre se hace necesario añadir una nueva observación, un nuevo ejemplo, aun allí donde pareciera haberse cumplido por fin el deseado acotamiento del asunto, como si todo el argumento estuviese perturbado por una ansiedad más o menos oculta, como si lo siniestro siempre pudiese enseñar un nuevo aspecto no contemplado previamente.

Esta misma complejidad, esta especie de insistente titubeo puede ser invocado para apuntar el otro rasgo que obliga a una ponderación más cuidadosa de los resultados obtenidos. Y es que la sinuosa exposición tampoco suministra de inmediato las claves de su propia construcción

lógica, es decir, de las relaciones entre los conceptos maestros que guían el análisis. Lo decisivo en todo esto es el estatuto que deba reconocérsele al concepto (al doble concepto) de repetición (*Wiederholung*) y de retorno (*Wiederkehr*). Y esto no parece estar claro de inmediato. Detengámonos brevemente en el punto.

De acuerdo al rastreo del argumento de Freud que hemos hecho, podemos consignar tres grandes afluentes interpretativos de lo siniestro, que son precisamente los que convergen en la definición del fenómeno. Uno es la remisión a los estadios primitivos de la vida psíquica, tanto desde el punto de vista del individuo como de la especie, ora a título de complejo (en la estructura edípica del complejo de castración), ora a título de sistema de creencias (en la cosmovisión animista). El segundo afluente es el del acontecimiento fundamental en la construcción del psiquismo: la represión, responsable de la conversión de un afecto en angustia. El tercero es precisamente lo que podríamos llamar el incidente del retorno. Como también sabemos, éste proporciona la diferencia específica que Freud buscaba en su tentativa de aislar el tipo peculiar de angustia que caracteriza a lo siniestro. A ello todavía habría que añadir el índice que el análisis semántico había dejado al descubierto y que acompaña a toda la indagación, es decir, el índice o, mejor, la valencia de lo familiar y lo extraño; es, podría decirse, el aporte propio de ese análisis, lo que la historia de las palabras puede, por sí, sugerir, y también aquello que la vida del lenguaje ha depositado como trofeo para disputa de los intérpretes, de los teóricos: Jentsch, Freud, bajo la tutela distanciada de Hoffmann. Pero no nos ocupemos de esto ahora.

En esta descripción de ideas que construyen la gran tesis freudiana hay una que tiene una situación peculiar.

Cuando Freud está en curso de llevar a cabo un inventario exhaustivo de "factores" incorpora, como sabemos, el de la "repetición involuntaria de lo semejante", del cual el "retorno involuntario a un mismo lugar" (ejemplificado en una experiencia autobiográfica) es, no se advierte bien, un sinónimo o una subespecie. Desde el punto de vista meramente descriptivo se trata de uno más entre varios "factores", uno que —como señalamos oportunamente— el mismo Freud señala que puede despertar oposición en cuanto a valer como fuente de lo siniestro. Pero es precisamente el único "factor" que —a diferencia de todos los demás— puede suministrar la clave dinámica para la identificación de la especificidad del afecto en cuestión, y es también precisamente éste el único "factor" que no encuentra lugar orgánico en los desarrollos de la teoría psicoanalítica hasta la fecha. La indicación de Freud acerca de la compulsión de repetición (con todo el impacto que ella implica para dicha teoría), su disculpa respecto de imposibilidad de ingresar aquí en el tema y el anuncio sobre el estudio ya preparado en que esto se aborda forman una trama que en cierto modo deja en vilo la explicación que aquí se ofrece de lo siniestro. Y si consideramos el alcance y carácter que la doctrina de la pulsión repetitiva tiene en ese otro estudio —ya nos referiremos a ello— habría que resignarse a pensar que la índole problemática de la explicación no podrá ser suprimida de manera definitiva. Por último, si agregamos a todo esto la profunda relación que dicha pulsión tiene con la muerte tendríamos que pensar también que el "factor" de las reacciones angustiosas ante la muerte, que es parte de los "agregados" del texto, sugiere que lo siniestro es, no un fenómeno entre otros, no un ejemplo de manifestaciones psíquicas que pueden ser coherentemente incorporadas a la economía explicativa del psicoanálisis, sino un caso ejemplar que trae una conmoción radical de toda la teoría. Y no será ajena a esta conmoción un cambio del

sentido de la negatividad, cuyo síntoma ha quedado impreso en la propia configuración del término que designa (en alemán) al afecto.

Justamente al término de la segunda sección, y en el momento de poner un “broche final” a su serie de ejemplos, broche que en la figura de los genitales femeninos aportaría la más definitiva confirmación a su hipótesis, Freud vuelve sobre la consideración semántica con la que había abierto su investigación para dar cuenta de la negatividad propia de lo siniestro: “también en este caso [la angustia neurótica ante los genitales femeninos] lo *unheimlich* es lo que otrora fue *heimisch*, lo hogareño, lo familiar desde hace mucho tiempo atrás. El prefijo negativo “*un-*” (“*in-*”), antepuesto a esta palabra, es, en cambio, el signo de la represión” (2500). La cuestión que queda pendiente de averiguar es si la negatividad que parece ser inseparable del afecto de lo siniestro puede ser reducida a la eficacia de la represión; queda pendiente averiguar si la *escritura de la negatividad* que traza ese prefijo es atribuible a la represión como origen del sentido y condición de posibilidad de lo subjetivo, o si prevalece en ella algo más antiguo, más secreto (*heimlich*), una negatividad que sería radicalmente indócil a las ideas que nos hacemos de la “negatividad”.

La repetición

Las consideraciones previas debieran habernos preparado para reconocer que el núcleo de lo siniestro queda definido por el concepto (y el movimiento) de la repetición. En verdad, Freud mismo no es suficientemente claro al respecto. Su propia fórmula —“el retorno de lo (familiar) reprimido”— admite y casi induce una oscilación entre los contenidos psíquicos y el fenómeno de la repetición en cuanto a

determinar qué es lo que definitivamente da su tonalidad y su peculiar economía al afecto de lo siniestro. Desde luego, no se trata de obviar la estructura de la represión; pero no todo retorno de lo reprimido ha de ser forzosamente “siniestro”, o bien, dicho de otra suerte, si tal es el *definiens* del afecto, entonces cabe que todo lo reprimido pueda ser siniestro, lo cual puede tener sentido desde el punto de vista casuístico, pero ciertamente no suministra ninguna precisión en lo que atañe al concepto. Tampoco basta con apelar al sentido genérico de lo “familiar” para precisar qué clase de contenidos psíquicos son, en cuanto reprimidos, fuentes de lo siniestro; podría sostenerse que el término no hace otra cosa que desarrollar analíticamente lo que ya implica la noción de lo reprimido. No: es el retorno *mismo*, es la repetición *misma* lo que determina en su especificidad a lo siniestro. Y así parece estipularlo Freud en un pasaje que vale la pena reiterar: “todas nuestras consideraciones precedentes nos disponen para aceptar que se sentirá como siniestro cuanto sea susceptible de evocar este impulso de repetición interior”. La remisión que sugerimos del retorno y de la repetición a sí *mismos* deben subrayar, por una parte, el carácter impulsivo que Freud atribuye aquí a la *Wiederholung*, de manera que ésta tiene lugar al margen de todas las capacidades y funciones del sujeto en cuanto sujeto, infundiendo en éste el sentimiento de estar de antemano secuestrado o poseído por una fuerza irresistible que es radicalmente ajena a esas capacidades y funciones; y esto es lo que confiere carácter demoníaco a la experiencia en cuestión, siendo aquí lo demoníaco el nombre de esa fuerza esencialmente otra y en sí misma innombrable. Por otra parte —y esto se sigue de lo anterior—, se trata de que la repetición siniestra es aquella que se remite y repite a sí misma, con independencia y antelación respecto de todo contenido psíquico que se quiera, el cual sólo podrá prestar un referente ideacional o emotivo a un *factum* que está,

podemos suponerlo, en el origen mismo de la vida psíquica. En el retorno de lo reprimido lo que pesa como *poder* es el retorno mismo, no el contenido que ha sido reprimido; la repetición siniestra goza de una autonomía absoluta, de un automatismo irrestricto, y esta autonomía, este automatismo, esta mismidad radicalmente otra de la repetición es, en sentido riguroso y pleno, lo siniestro. Pero es preciso examinar un poco más de cerca esta noción.

El estudio que Freud decía ya tener preparado a la fecha de publicación de *Lo siniestro es Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), que no por azar lleva un título de raigambre nietzscheana (que también afecta al tema de la “repetición de lo semejante”) y cuenta entre los más asiduamente frecuentados por los exegetas y comentaristas en las últimas décadas. Desde luego un tratamiento monográfico de esta obra y una discusión de la literatura pertinente excede completamente los límites de nuestra tentativa. Si acudimos a ella es porque las consideraciones que deban hacerse sobre el concepto de repetición exigen atender a lo que allí se enuncia al respecto, así como a sus supuestos e implicaciones. Nuestra labor será sucinta y, sobre todo, referencial.

El texto se abre con el memento de la tesis fundamental del psicoanálisis relativa a la regulación de los procesos anímicos por el *principio del placer*, con la cual se establece también el punto de vista económico en la teoría psicoanalítica, el cual, unido a la tópica y la dinámica, constituye la metapsicología. Seguidamente, Freud llama la atención sobre el carácter enigmático de las sensaciones de placer y displacer, señalando la hipótesis según la cual tendrían que ser relacionadas con la cantidad de excitación anímica, de modo que el placer correspondería a su disminución y el displacer a su aumento, pero no en la correla-

ción directa y puntual de una experiencia presente, por lo cual es preciso complementar esa hipótesis con la observación acerca de la importancia que en esto debe tener el tiempo. El placer es referido, pues, al principio de la constancia.

Sin embargo, el propósito de esta obra es poner en cuestión la idea de un dominio exclusivo del principio del placer sobre la vida psíquica. En este propósito confluyen al menos dos intenciones teóricas. Una tiene que ver con las bases conceptuales sobre las cuales fue establecida la primacía de este principio, las cuales se refieren a la tendencia de la vida psíquica a mantener baja y constante la cantidad de excitación; de hecho estas bases se remontan a los inicios de la investigación freudiana. La otra, que en general puede ser constatada inmediatamente, tiene que ver con el vasto alcance que tiene el displacer como acompañante de los procesos psíquicos, el cual patentiza la existencia de otras tendencias suficientemente poderosas como para oponerse exitosamente a la tendencia al placer. Esta segunda intención se hace tanto más vívida cuanto más se toma nota de los resultados que se desprenden de la observación clínica de los procesos psíquicos, que evidencian la mayoritaria presencia de experiencias displacenteras. La cuestión es si éstas pueden ser amoldadas dentro del marco del dominio del principio del placer o si requieren de alguna otra hipótesis explicativa. Para ello es preciso pasar revista a las diversas formas de inhibición de ese dominio y, en consecuencia, sobre las fuentes del displacer.

La primera es normal, y tiene que ver con la presión que sobre el organismo ejercen los obstáculos externos: en razón del peligro que entraña para la conservación del yo el curso inmediato del principio del placer, éste queda sustituido por el *principio de realidad*, que ciertamente no lo

contradice, pero sí le impone lo que podríamos denominar un *diferimiento estratégico*, en virtud del cual aceptamos transitoriamente el displacer en pro de la consecución final del placer.

Sin embargo el displacer no puede ser atribuido sino en pequeño alcance a la sustitución mencionada. Una segunda fuente son los conflictos y disociaciones que sufre el aparato psíquico en el proceso evolutivo del yo. Muchos de los impulsos instintivos inherentes a dicho aparato son separados de la unidad del yo por la represión en razón de su incompatibilidad con otros, y se mantienen retenidos en grados evolutivos inferiores y privados de su satisfacción. Cuando se abren paso indirectamente hacia una satisfacción directa o sustitutiva, ésta es experimentada por el yo como displacer. Tal es el displacer neurótico: “placer que no puede ser sentido como tal” (2509).

Aparte de estas dos fuentes, queda todavía el displacer de percepción, mayoritario, relativo al esfuerzo de instintos insatisfechos o de peligros exteriores. Pero tampoco éstas parecen poner en cuestión la originariedad del principio del placer, sino sólo exigir una limitación crítica del mismo.

No obstante, es precisamente la reacción anímica al peligro exterior la que puede ofrecer nuevos elementos para la consideración del problema propuesto, y aquí la observación clínica entrega rica información. El siguiente punto de examen lo constituye, pues, la “neurosis traumática”, debida a accidentes con peligro de muerte, y que se caracteriza, entre otras cosas, pero muy significativamente, por una fijación al trauma en la vida onírica.

A éste se agrega el análisis de los juegos infantiles, y en particular de uno observado por el mismo Freud en un niño

normal y ejemplarmente dócil que “mostraba tan sólo la perturbadora costumbre de arrojar lejos de sí [...]” toda clase de objetos pequeños acompañando la acción con un prolongado *o-o-o*; se trata, como bien se sabe, del juego del carrete o del cochecito y del *fort/da* (desaparición y aparición, ausencia y presencia), que este relato de Freud, su análisis y su inclusión como antecedente para las arriesgadas hipótesis de esta obra han convertido en un clásico de la literatura psicoanalítica (cf. 2511 s.). Lo que de este juego principalmente intriga a Freud es la repetición incesante de un suceso penoso, vale decir, el ausentarse de la madre; sin duda, reconoce que un solo caso no basta para asentar ninguna hipótesis, menos aun si ha de contrariar un principio como el que aquí se busca interrogar: y también hay hipótesis alternativas de explicación que reducen aun más la fuerza que la interpretación del juego pudiese tener para conmovir inequívocamente el dominio del principio del placer. Con todo, lo que ha quedado insinuado con este notorio ejemplo es lo que podríamos llamar el *poder de la repetición*; una vez reconocido como poder, también está virtualmente abierta la vía para vislumbrar no sólo su conflicto esencial con ese dominio, sino la posibilidad de una supremacía del principio que rige en semejante poder, si hay tal. Y algo más: la insinuación de un vínculo absolutamente peculiar entre repetición y negatividad. En la figura que llamó la atención de Freud, el juego podría formalizarse en un enunciado como éste: “lo que está ahí (*da*), está permanentemente en el modo de su ausencia (*fort*)”.

Los comentarios sobre la fijación traumática y la discusión del juego infantil han colocado, pues, unas bases problemáticas que requieren ser afianzadas y complementadas. Es otra vez la experiencia terapéutica la que aporta los elementos indispensables, y es también en este contexto que se presenta por primera vez el concepto de repeti-

ción en el curso del estudio. Lo que queramos saber acerca de él tiene que empezar a aprenderse aquí, y ante todo en un pasaje del tercer capítulo que citaremos dentro de un momento. Pero antes es importante señalar el contexto dentro del cual se inscribe el pasaje. Freud ha empezado por hacer un breve pero significativo recuento general del desarrollo del psicoanálisis, que pone énfasis en los cambios que éste ha experimentado desde su primera formulación. “El psicoanálisis era ante todo una ciencia de interpretación” —en el sentido de una adivinación del inconsciente— es la frase con que se identifica ese comienzo. Pero esta interpretación —la del conflicto y las causas del conflicto analizado— requiere de una refrendación que el mismo paciente debe aportar y que tiene relevancia terapéutica: entonces “apareció un nuevo propósito: el de forzar al enfermo a confirmar la construcción por medio de su propio recuerdo”, de modo que lo inconsciente que se conjetura se torna, venciendo las resistencias del paciente, consciente también para él (2514). Dicha victoria se obtiene mediante la sugestión de la transferencia. Pero —y he aquí el asunto crucial— el proceso mismo de la transferencia trae una nueva dificultad, y más grave, para este propósito: “El enfermo puede no recordar todo lo en él reprimido, puede no recordar precisamente lo más importante y de este modo no llegar a convencerse de la exactitud de la construcción que se le comunica, quedando obligado a *repetir* lo reprimido, como un suceso actual, en vez de —según el médico desearía— *recordarlo* cual un trozo del pasado. Esta reproducción, que aparece con fidelidad indeseada, entraña siempre como contenido un fragmento de la vida sexual infantil y, por tanto, del complejo de Edipo y de sus ramificaciones y tiene lugar siempre dentro de la transferencia; esto es, de la relación con el médico. Llegado a este punto el tratamiento, puede decirse que la neurosis primitiva ha sido sustituida por una nueva neurosis de transferencia”

(ibíd.). Como se ve, la relación esencial para determinar la repetición es la que la opone al recuerdo. Pero esta oposición no es absoluta; más bien se trata de una modulación, es decir, de dos modos que derivan de una misma fuente o estructura, y cuya especificidad exige poner en juego criterios temporales y ontológicos. Son precisamente éstos los que Freud emplea en su caracterización: en lugar de recordar lo reprimido como algo del pasado que ya no tiene vigencia real (en el sentido de actualidad objetiva), el enfermo lo repite en el presente como un hecho con plena fuerza efectiva.

En un ensayo anterior en seis años, Freud había abordado esta distinción, y así se encarga de señalarlo aquí, en una nota. El ensayo (“Recuerdo, repetición y elaboración”, 1914) está dedicado también a las transformaciones de la técnica psicoanalítica y acentúa en términos similares precisamente el mismo cambio que expone la breve reseña de la tercera sección. Es oportuno citar la formulación de la diferencia que encontramos aquí: “Ateniéndonos a este último tipo [el de los casos que son particularmente rebeldes al análisis], para caracterizar la diferencia, podemos decir que el analizado no *recuerda* nada de lo olvidado o reprimido, sino que lo *vive de nuevo*. No lo reproduce como recuerdo, sino como acto; lo *repite* sin saber, naturalmente, que lo repite” (1684). La continuación del pasaje entrega (por vía de ejemplo, es cierto) una información sobre las características y contenidos de esta “repetición” que es en todo congruente con lo que dirá Freud seis años más tarde. Interesante es, en todo caso, la índole de *acción* que le atribuye al fenómeno, que contribuye a acentuar la diferencia con el recuerdo, provisto de rasgos exclusivamente afectivos y representacionales; puede decirse sobre esa índole descansa la especificidad temporal y ontológica de la repetición. En el ensayo, Freud está interesado en precisar las

relaciones de ésta con la transferencia y la resistencia. Al hacerlo, emplea por primera vez el concepto de “compulsión de repetir” que, en el contexto técnico en que es acuñado, contribuye a indicar uno de los peligros esenciales del proceso de la cura (por la intensidad de las resistencias y los impulsos implicados), así como la necesidad de un manejo extremadamente prudente de la transferencia, que no podrá sino consistir en derivar hacia la función del recuerdo todo lo que el paciente tiende a realizar activa y actualmente.

Así, pues, el fundamento para conmovir el primado del principio del placer es la consideración de las resistencias que es preciso superar en el proceso terapéutico de las neurosis y en particular en la transferencia, y que conducen a la reproducción de un segmento olvidado y doloroso de la vida del paciente. Lo que está aquí a la obra es la *compulsión repetitiva* (*Wiederholungszwang*), que ciertamente no puede ser atribuida a una resistencia del inconsciente, el cual no se opone a la labor curativa, sino que busca abrirse paso hacia la conciencia. Es —anota Freud— una resistencia que procede de los mismo estratos y sistemas superiores que efectuaron la represión. Si se sustituye consciente e inconsciente por yo coherente y yo reprimido, se advierte que la resistencia parte del yo y que la compulsión repetitiva debe atribuirse a lo reprimido inconsciente.

¿Cuál es la relación que tiene esta obsesión con el principio del placer? Mucho de lo que la compulsión hace vivir de nuevo es displacentero para el yo, pero satisfactorio para el otro sistema. Pero hay también la repetición de sucesos pretéritos que ni traen placer alguno ni lo provocaron en su momento. Esta resistencia puede incluso interrumpir la cura a través de repeticiones sumamente habilidosas. Y lo que se observa en enfermos también puede verse en perso-

nas sanas, bajo la impresión de un destino o una influencia demoníaca que domina la vida. Ello debiera bastar para “suponer que en la vida anímica existe realmente una obsesión de repetición que va más allá de principio del placer y a la cual nos inclinamos ahora a atribuir los sueños de los enfermos de neurosis traumática y los juegos de los niños” (2517). En todo caso, el argumento de Freud instala este mecanismo (y es, podría decirse, literalmente un mecanismo, una máquina) en el seno de toda vida psíquica, no sólo de ciertos fenómenos patológicos.

Universalizado de esta suerte, el enigmático mecanismo del *Wiederholungszwang*, de la pulsión repetitiva, exige una aclaración que, junto con refrendar la suposición de que el dominio del principio del placer es sólo relativo, inevitablemente amplía la teoría psicoanalítica configurada hasta la fecha. De hecho, *Más allá del principio del placer* trae, con efectos revolucionarios para la obra de Freud, lo que merece ser llamado un *suplemento especulativo* a la teoría del deseo inconsciente. “Lo que sigue es pura especulación y a veces hartamente extrema” (2517), advierte Freud al comienzo del capítulo IV, tras haber hecho acopio de los antecedentes analíticos y clínicos que reclamarían la hipótesis de la compulsión repetitiva como “más primitiva, elemental e instintiva que el principio del placer al que se sustituye” (*op. cit.*, 2517). Esta “especulación pura” expande el terreno de la indagación metapsicológica incorporando datos e hipótesis biológicas, extrapolaciones del acervo psicológico afianzado por el psicoanálisis, analogías o coincidencias filosóficas e incluso fábulas mitológicas. Dicho suplemento sobrepone a la potencia afirmativa de Eros la porfía negativa de Tánatos. La originariedad del impulso de repetición *inscribe* la muerte y la nada en el seno mismo de la vida y del ser, a título de sorda tendencia a regresar a un estado anterior a la vida, como tendencia de la vida

misma: “todo lo viviente —dice o aventura Freud— muere por fundamentos internos, volviendo a lo anorgánico [...] *La meta de la vida es la muerte* [...] *Lo inanimado era antes que lo animado*” (2526). Por cierto, nada de esto debe hacernos olvidar que es el deseo mismo el que ya posee una naturaleza especulativa; muy tempranamente había advertido Freud la significación decisiva del factor temporal en la dinámica de placer y displacer (2507), y apenas señalada la implantación del principio de realidad queda claro que la obediencia al aparentemente omnímodo principio del placer debe valerse de largos rodeos y de la aceptación, todo ese tiempo, de cuotas de displacer que pueden llegar a ser muy relevantes (2509): es, pues, en este sentido que hablamos de un “suplemento”.

Uno podría preguntarse si no es posible ver en este gesto teórico un reflejo de la condición de la cosa misma. La negación originaria, el instinto de muerte, tendría que ser concebida, entonces, no sólo como un agregado hipotético a la *teoría* del deseo, sino también, en cierto modo, al menos, como un suplemento especulativo del deseo mismo, inseparable de él, alojado en él como lo más inherente y lo desde siempre inminente, como la palabra, en su fondo, por siempre repetida. La muerte misma sería, si puede decirse así, de índole especulativa. Esto no significa meramente que, siempre cavilosos, muramos porque especulamos: con nuestra vida, inevitablemente. La especulación mortuoria determinaría originariamente todo lo que en nosotros —y *como* nosotros— es especulación y rodeo, astucia —del deseo o de la razón—: lo determinaría de esa manera suplementaria en que precisamente consiste la repetición.

El reconocimiento de la eficacia originaria de la negación en la constitución de la vida psíquica debería poder

enseñarnos lo que se juega en la negación que determina lo *Unheimliche*: debería enseñarnos qué tipo de negación es la que expresa el prefijo *un-*. Tal como vimos, en *Lo siniestro* éste es tomado como el signo de la represión, pero es posible que en él se encuentre la traza de una negación más arcaica que, como dijimos antes, no podría ser esclarecida con ayuda de las formas y condiciones que determinan todo lo que la razón concibe bajo la figura de la negación, sea ella relativa o absoluta: sería ésta una negación indeterminada e indeterminante. Para ello es preciso atender a lo que plantea Freud en *Más allá...* De hecho, ya podemos anticipar que el carácter de esta negación viene determinado por ese *jenseits*, que marca precisamente la instancia del suplemento, de la repetición como suplemento. Como acabamos de sugerir, la atención al significado de este vocablo y de la operación que éste nombra indica que la negación está vinculada aquí esencialmente con el tiempo, con cierta modalidad o modulación del diferimiento, el cual —insistamos en ello— define la estrategia general de realización del principio del placer y que está ligado a su vez, también esencialmente, con lo que Freud llama el punto de vista económico, pero que en cuanto tal modulación pone en crisis la economía del psiquismo organizada sobre el juego, el cálculo y —para decirlo de una vez— la dialéctica de placer y realidad. Si la economía psíquica que gobierna la viabilización del principio de placer es especulativa y si en *Más allá...* se impone al menos hipotéticamente la necesidad de concebir un suplemento de especulación, y es desde aquí que es preciso entender el poder de lo siniestro, entonces cabría pensar que el *un-* de lo *Unheimliche* tendría el carácter de una negación que no pertenece ni puede ser incorporada a ninguna dialéctica. Principio de otra economía, de un gobierno de la casa que es más antiguo que toda casa y de la circulación de una cosa que no ingresa como tal en ningún intercambio, sería ella la con-

dición de posibilidad de todo don, como lo que se pone de manifiesto en el juego infantil del *fort-da*, en ese lenguaje esencialmente no humano —es decir, el lenguaje *mismo*— que da lo que es como permanente ausencia.

Ficción y realidad

En el último apartado de la segunda sección Freud agrega una “observación general” que, si bien implicada en lo previamente dicho —al menos es lo que alega—, merece anotación: “lo siniestro se da, frecuente y fácilmente, cuando se desvanecen los límites entre fantasía y realidad” (2500). Podemos obviar la anécdota de la revista inglesa y el cuento de los cocodrilos tallados que aparentemente cobran vida durante la noche; el punto para Freud es que esta condición de lo siniestro puede ser referida, por analogía con la magia, a la matriz de la omnipotencia del pensamiento y así del animismo. Sin embargo, la *diferencia* entre lo imaginario y lo real —cuya borradura es la que interesa a Freud en ese apartado— será el asunto central de la tercera y última sección. Se la presenta con nuevos aires de inquietar el resultado del análisis.

Una vez sentada la hipótesis explicativa del retorno de lo familiar reprimido, la tercera y última sección del ensayo sobre *Lo siniestro* se abre con un reparo posible que Freud hace suyo: “el enigma de lo siniestro no queda resuelto con esta fórmula. Evidentemente, nuestra proposición no puede ser invertida: no es siniestro todo lo que alude a deseos reprimidos y a formas del pensamiento superadas y pertenecientes a la prehistoria individual y colectiva” (2500). Descontada la mención del silencio, la soledad, la oscuridad y la muerte —que mueven a devolver al menos provisoriamente algo de su opacado prestigio a la teoría de Jentsch, como si ésta misma estuviese dotada de una tenaz

capacidad de retorno—, los contraejemplos aducidos proceden fundamentalmente del acervo literario —historias, poemas, cuentos de hadas—, lo que lleva a Freud a plantear la diferencia entre “lo siniestro vivenciado” y “lo siniestro en la ficción”, que corre en buena medida a parejas con la distinción entre el contenido y las condiciones de su procesamiento anímico, que son particularmente complejas cuando se trata de los mundos ficticios que construye el poeta, y requieren para su discernimiento del auxilio de las premisas y criterios que puede aportar la estética.

Se recordará que el estudio comienza con la indicación de los dominios jurisdiccionales del psicoanálisis y de la estética, nítidamente separados, pero en ciertos aspectos —en lo que atañe a ciertos temas— adyacentes y aun inversos en la dirección de sus respectivos intereses. No se trata, pues, de una simple desconexión entre ambos dominios, sino de un tipo peculiar de relación disyuntiva que se juega ante todo, como hemos señalado insistentemente, en el horizonte de los intereses. El punto del texto en que nos encontramos ahora parece apuntar oblicuamente a esa relación. Como se dice aquí, con lo previamente establecido “queda agotado el interés psicoanalítico en el problema”, de suerte que “lo restante probablemente requiera ser estudiado desde el punto de vista estético” (2501). “Lo restante”, sabemos ahora, tiene que ver con las múltiples modificaciones que pueden afectar a los deseos reprimidos y a las creencias primitivas que en determinados casos despiertan la impresión de lo siniestro pero en muchos otros no. Si se ha de prestar más vigor a la hipótesis propuesta, uno que no sólo satisfaga al investigador psicoanalítico, se debe ofrecer alguna justificación suya que tome en cuenta lo que aparentemente con ella no concuerda. El gesto implicado en este movimiento no es inocuo: si el abandono de un sector muy extenso del terreno sobre el cual ha sido llevada

la indagación a las prerrogativas y competencias de la estética puede “abrir[...] la puerta a la duda respecto al valor de nuestro concepto”, entonces lo que se requiere es una circunscripción del alcance y la validez epistemológica de esta disciplina y sus resultados, una delimitación cuya posibilidad pareciera ser privilegio del psicoanálisis. Todo ocurre como si éste, laborando con lo que la estética deja a trasmano no obstante en principio puede concernirle, entrando, si puede decirse así, por la puerta de servicio, no sólo está en condiciones de cerrar la puerta de la duda, sino de tomarse la casa entera.

La susodicha limitación supone, como ya anticipábamos, la distinción entre “lo siniestro que se vivencia”, que es afecto actual y realmente experimentado por el sujeto, y “lo siniestro que únicamente se imagina o se conoce por referencias” (2502). A nadie escapará que esta distinción no es transparente a primera vista. ¿En qué sentido hay un siniestro del segundo tipo? ¿No sucede que éste, al que podríamos llamar, siguiendo las intenciones de Freud, “fantástico” o “ficticio”, también es tema de vivencia? Una diferencia de grado —mayor intensidad del “vivenciado”, menor del “imaginario”— está fuera de orden, porque lo que importa aquí no es el grado —desde todo punto de vista problemático como criterio, por lo demás—, sino la disparidad específica; ¿habrá que pensar, entonces, en una diferencia de objeto, y que la distinción se basa en el estatuto ontológico del referente del afecto? Y a la inversa, ¿no podría estar marcado todo siniestro “vivenciado” por una contribución de los procesos imaginarios? Pero veamos los rendimientos que extrae Freud de su discriminación.

Lo siniestro que se experimenta sin la mediación artística, en el contexto inmediato de la vida, depende de condiciones comparativamente más simples, “mucho más

simples”, dice Freud, y responde adecuadamente a la hipótesis que él mismo ha formulado, con una salvedad a la que no regatea significación, aunque la distinción sobre la que reposa no pueda ser considerada absoluta. La distinción concierne a todas aquellas formas de lo siniestro que están condicionadas por las creencias del sujeto, por una parte, y aquellas otras que arraigan en los complejos infantiles reprimidos; como sabemos esta distinción ha estado presente desde el umbral mismo en que Freud comienza a aplicar la máquina explicativa de las estructuras y procesos descubiertos por el psicoanálisis para poner en regla el fenómeno estudiado. Desde luego, podemos reconocer en las primeras formas, cierto que de manera modificada, la tesis de Jentsch sobre la incertidumbre intelectual con la que polemizó inicialmente Freud. Las primeras suponen, pues, cierto grado de pervivencia de las creencias primitivas en la realización de deseos, las fuerzas malignas y el retorno de los muertos, es decir, la *Weltanschauung* del animismo, bajo la capa más o menos afianzada de una visión iluminista, desencantada del mundo. Allí donde esa pervivencia es más firme, la ocurrencia de ciertos hechos podrá confirmar las viejas creencias, suscitando el sentimiento de desazón; pero en quienes se ha consumado la superación de las mismas (y es claramente presumible que Freud mismo se considera del lote) tales hechos carecerán de toda eficacia en ese sentido, en la medida en que pueden ser sometidos a la “prueba de la realidad”.

La segunda modalidad presenta un siniestro “muy otro” desde el punto de vista de su origen. Esta heterogeneidad tiene su base en que la fuente de lo siniestro no es ya la realidad física (cuyo esclarecimiento racional disipa —o al menos tiende a disipar— los atavismos vinculados a la creencia en fuerzas ignotas o en el poder del pensamiento o del deseo), sino en la realidad psíquica. Y éste es preci-

samente el caso del retorno de un contenido reprimido. Freud quisiera —y éste es, ya no un interés teórico, sino un deseo— poder reducir ambas formas de lo siniestro “vivenciado” hablando de la represión de un contenido psíquico en este último caso y de la represión de la creencia en su realidad en el primero, pero advierte inmediatamente que la acepción estricta del término —vale decir, la que para él ha reservado el psicoanálisis— quedaría vulnerada de acceder a ese deseo. Las razones de tal infracción están a la vista, pero no deja de ser *interesante* que Freud haga el amago de incurrir en ella, como si sólo de esa manera pudiese lo siniestro ser sometido al régimen que la teoría quisiera —desearía— imponerle. En lugar de ello, pues, propone esta formulación final: *“lo siniestro en las vivencias se da cuando complejos infantiles reprimidos son reanimados por una impresión exterior, o cuando convicciones primitivas superadas parecen hallar una nueva confirmación”* (2505). Sin embargo, la incomodidad que delata aquel amago sigue trasuntando también en esta corrección: la diferencia entre represión y superación se torna problemática o al menos relativa si se toma en cuenta la consideración que el mismo Freud se vio llevado a hacer cuando hablaba de nuestra inveterada actitud ante la muerte, a cuyo respecto “seguimos pensando... igual que los salvajes” (2498). Una última aclaración, quizá influida en parte por este prurito, previene sobre la frecuente imbricación de las dos formas discernidas, debido a que las convicciones primitivas están de hecho fundadas en los complejos infantiles.

Dos rasgos inversos distinguen lo siniestro ficticio de lo siniestro vivenciado: puede suscitar el afecto mediante muchas más manifestaciones que las que suministra la vivencia en el contexto de la vida real, pero a la vez puede suprimir el carácter siniestro de muchos hechos y circunstancias que lo presentarían en nuestro mundo cotidiano.

Habíamos hablado antes —y es muy probable que se lo estimase excesivo— de una aparente ingenuidad literaria de Freud, patente en su voluntariosa reseña de *El arenero*. Lo que ahora dice a propósito de lo siniestro en la ficción permite ante todo calibrar a qué tipo de teoría de la ficción adhiere. Y está claro: la “realidad familiar”, el “mundo real” o la “realidad común” —son las expresiones alternativas que el texto exhibe en tres párrafos seguidos— es aquí el criterio, el punto de referencia para determinar qué y cómo sea la ficción, y la contextura de ésta tiene en su fundamento el principio general de la “licencia poética”. Desde este punto referencial se distinguen tres formas básicas de ficción, de “mundo ficticio”: aquél que supone relaciones y leyes enteramente divergentes de las cotidianas (es el caso de los cuentos de hadas), aquél que se aparta parcialmente de éstas al admitir elementos, circunstancias o relaciones que le son ajenas, y el que se sitúa en su mismo plano. Las dos primeras satisfacen el segundo rasgo de lo siniestro ficticio, el de su supresión por sustitución de todas las condiciones que rigen en el “mundo real”, la tercera, en cambio, da pie a la proliferación de lo siniestro en virtud de la libertad de que goza el literato, sin sustituir el marco de dicho mundo, para introducir alteraciones y sucesos improbables que, digámoslo así, toman por asalto al lector y lo dejan a merced de sus propias creencias atávicas latentes. Pero todas estas formas corresponden —dice Freud— a la categoría de lo superado, que sólo en la última de ellas admitiría, pues, la suscitación del afecto; en cambio, la categoría de lo reprimido no supone diferencia entre lo ficticio y lo vivenciado: sabemos que esta afirmación está ligada al análisis que, en el amplio margen de un pie de página, se dedicó a *El arenero*.

Una última consideración es todavía relevante. Freud reconoce que sus observaciones no agotan los recursos y

licencias del arte, y apunta que nuestra respuesta a la vivencia es distinta a la que damos a la ficción, pasiva y temáticamente vinculada en el primer caso, determinada e influenciada por los mecanismos de la exposición poética en el segundo. Este reconocimiento, que no sólo atañe a la limitación de los propios asertos, sino también a ese privilegio que el poeta se arroga y que nosotros de buen grado le concedemos si nos seduce insidiosamente a ser cómplices de su juego, difunde una curiosa atmósfera en torno al concepto de ficción que Freud promueve en la conclusión.

Quizá los gestos postreros del ensayo, todos los cuales tienen algo restrictivo, si no de frustración, son el síntoma de una necesidad: la necesidad, acaso, de modificar sustantivamente el marco de diferenciación asumido, de poner en crisis la distinción entre ficción y realidad —que ya bosqueja la misma noción de “realidad psíquica”, pertinente a los complejos infantiles y originariamente diversa de la “realidad física”— y entender, en fin, estas dos cosas: que la operación ficticia consiste precisamente en la repetición, y que sólo hay “vivencia” (*Erlebnis*, presencia de la vida —*Leben*— para sí misma) a partir de la repetición. Tal sería la enseñanza —quizá la única enseñanza— de la literatura.